

el mundo el haber creído tanto siempre en la amistad del gran señor, visto que sus fuerzas, que me ha enviado con frecuencia, han sido empleadas por sus ministros y conductores más bien en perjudicar á la cristiandad que en combatir de véras al enemigo común, lo cual ha sido lo contrario de lo que yo esperaba» (1). «Si los reyes de Francia, añadé un embajador frances en Constantinopla, hubiesen empleado el dinero que les costaba la alianza turca en construir muchas galeras, hubiesen tal vez alcanzado muchas victorias que la insolencia de los Turcos y el deseo del botín les quitaban de las manos» (2). ¿Por qué ha aprovechado tan poco la alianza turca á Francisco I? Porque era aliado poco sincero, siempre pronto á hacer traicion á sus amigos, lo mismo al sultan que á los reformados de Alemania, y á volver sus fuerzas contra ellos, si Carlos V hubiese consentido en darle el ducado de Milan. Esta era una política sin principios, sin conviccion, fundada en la mentira y en la mala fe; ahora bien, Dios no quiere que el fraude aproveche á aquel que lo emplea. La Historia es una gran leccion de moral que Dios da á las naciones y á los que rigen sus destinos.

El que la Historia deba condenar la política inmoral de Francisco I, no quiere decir que la alianza turca no sea, bajo el punto de vista providencial, uno de los grandes acontecimientos de la Historia; pero, contra los designios de los que la celebraron, tiene más bien una importancia religiosa que política. Rompe la unidad cristiana, la cual estaba viciada en su esencia, porque en nombre de la caridad y de la fraternidad predicaba el odio y la division. Estos sentimientos reinaban aún en el siglo XVI entre los ortodoxos; un papa canonizado nos ofrece un curioso testimonio de ello. Carlos IX, en una carta dirigida á Pio V, llamó al sultan emperador de los Turcos; el santo padre le contestó «que el que no conocia el verdadero Dios no podia jamas ser emperador: *dar el nombre de emperador á un infiel, no era más que llamar al bien mal y al mal bien*» (3).

(1) CHARRIÈRE, *Negociaciones de la Francia con el Levanto*, t. II, p. 524.

(2) ID., *ibid.*, t. II, p. 744, nota.

(3) FALLOUX, *Historia de S. Pio V*, t. II, p. 239.

¡Hé aquí lo que los sentimientos mezquinos de una religion que se llama universal habian hecho de la unidad humana! Por mejor decir, el catolicismo no ha comprendido jamas la unidad humana, no ha concebido la unidad más que bajo la forma religiosa. Esta falsa unidad debia romperse, para que la verdadera pudiera elevarse sobre sus ruinas. Esta fué la obra de Lutero y de Francisco I. Pero no confundamos en nuestra admiracion al reformador sincero, ardiente en sus convicciones hasta la ceguedad, con el príncipe frívolo, ligero, sin fe ni ley, que se aliaba con el Turco ó con el papa, á pesar de que no creía ni en el uno ni en el otro. La gloria corresponde á Dios, y despues de él á la nacion francesa; cosmopolita por esencia, á ella correspondia inaugurar la era de la humanidad.

§ V.—Lo que los hombres quieren y lo que Dios quiere.

Se dice que es fatalismo cuando los historiadores muestran la mano de Dios en los destinos del género humano; se dice que es negar la libertad del hombre el decir que es un instrumento de la Providencia. Aplaudimos esta reaccion contra el fatalismo histórico, porque sin un sentimiento enérgico de la libertad los pueblos se debilitan y mueren. Pero para hacer lugar al hombre en la Historia, no hay necesidad de desterrar á Dios. Algo corresponde á la libertad humana, algo también á la accion providencial. Lo ideal sería que el hombre, usando de su libertad, no quisiese jamas más que lo que Dios quiere. Este ideal es irrealizable, porque supone la perfeccion en un sér imperfecto. Esto no obsta para que la mision del Creador sea el aproximarse progresivamente á la perfeccion del Creador. Cuanto más avanza la humanidad, más conciencia tiene de los designios de Dios, y tanto más puede, y debe conformarse á ellos. Pero habrá siempre una oposicion mayor ó menor entre lo que los hombres quieren y lo que Dios quiere. Esta oposicion se manifiesta con toda claridad en la Historia; nos revela los designios de Dios y nos manifiesta la vana ambicion de los hombres. No atribuyamos á los hombres la gloria de las consecuencias de sus acciones, que no han previsto ni querido, pero tampoco los

condenemos; al apreciarlos no debemos considerar más que lo que debían hacer y lo que han hecho; sus méritos y sus deméritos no tienen nada de comun con el fin que se propone la Providencia. Pero es bueno poner á cada instante este fin en evidencia para que los hombres conozcan la mano que los protege y los guía, para que traten de penetrar los designios de Dios, á fin de que sus acciones concuerden más y más con su voluntad. Hé aquí la parte que corresponde á la libertad humana; ¿quién se atreverá á quejarse de ella, si la comprende en toda su grandeza?

Hemos dicho que se hace demasiado honor á Carlos V suponiéndole la ambición de la monarquía universal. Su ideal era el imperio romano de Alemania; quiso reconstituir la unidad cristiana, que se disolvía precisamente en el momento en que subió al imperio. Carlos V se hallaba, pues, de acuerdo con el papa, y debía creer que marchaba por el camino de Dios; pero aunque el pontificado sea infalible en el orden religioso, no lo es ciertamente en el orden político. El papa y el emperador se engañaban igualmente sobre la marcha providencial de la humanidad; cegados por su orgullo, los dos vicarios de Dios creían que la unidad católica era una ley divina inmutable, que serían siempre los jefes espirituales y temporales de la cristiandad; no veían que la unidad de la Edad Media no había tenido más que una misión pasajera, y que la tendencia providencial de los hechos era romperla para abrir paso á las nacionalidades, base de la unidad futura del género humano. El siglo XVI iba á consumir la ruptura; entonces fué cuando Carlos V trató de conservarla, ó más bien de resucitarla, porque en el terreno de las ideas había muerto ya. ¿Qué representaba? ¿Era el órgano de una nacionalidad? No; ni español, ni belga, ni alemán, ni italiano, era jefe de una familia, de la casa de Austria; emperador, quería sujetar las naciones más diversas bajo las mismas leyes. Era una obra imposible, contraria á los designios de Dios. Carlos V fracasó completamente.

En la Edad Media, la unidad se fundaba en la religion. La paz de Augsburgo rompió la unidad religiosa, y por consiguiente, la unidad política; el papa se negó á firmarla, se negó á reconocer la abdicacion de Carlos V y la eleccion de Fernando I; rompió, por tanto, el último lazo que unia el imperio al pontificado. Carlos V

trató de hacer el imperio hereditario en su familia; la enérgica resistencia de los príncipes alemanes le obligó á renunciar á su proyecto. Fiel á su divisa, Carlos V tenía la ambición de ir siempre *plus ultra*; quería reconquistar las provincias que habían pertenecido á la Borgoña y al imperio. ¿Qué ganó el sacro imperio romano con las largas guerras de su emperador? El imperio perdió sus posesiones italianas, que se convirtieron en dominio particular de la casa de España; el imperio perdió los Países Bajos; perdió una parte de la Lorena, los tres obispados, que en vano trató Carlos V de volver á recobrar. La misión del emperador era combatir á los infieles; Carlos V no hizo la guerra á los Turcos más que de palabra; los jefes del imperio acabaron por ser tributarios del sultán. Carlos V prefería pelear contra Francisco I; más de una vez había contado con aniquilar á su rival; sin embargo, ántes de abdicar firmó una tregua que dejó á la Francia en posesión de todas sus conquistas en la Saboya y en la Lorena: «La Francia, dice un embajador veneciano, fué más poderosa que nunca despues de las guerras en que el emperador había esperado aniquilarla» (1). El genio de las nacionalidades triunfó sobre la ambición de la monarquía universal.

La oposición contra las tentativas de reconstitución del imperio no es más que una de las fases de la lucha de Carlos V y de Francisco I. El rey de Francia hacía causa común con los protestantes de Alemania; la libertad religiosa peligraba, pues, lo mismo que la independencia de las naciones. Aliado poco sincero de la reforma, Francisco I la protegía en Alemania y la perseguía en Francia; los protestantes no eran para él más que una arma contra su rival. ¿Era Carlos V más sincero en la defensa de la antigua ortodoxia? Sus contemporáneos le acusaban de servirse de la religion como de un pretexto para cubrir su ambición. Es positivo que el patrono de la Iglesia romana era más bien un espíritu político que una alma religiosa; si tomó la defensa del catolicismo, fué porque sus intereses se confundían con los de la antigua religion. Así, pues, los dos rivales no tenían presente más que su grandeza; más ó menos indiferentes á la cuestión religiosa, la

(1) NAVAGERO, *Relazione*, 1546 (ALBERI, I, 1, p. 364).

explotaban como un instrumento de ataque ó de defensa. Lo que para Carlos V y para Francisco I no era más que un medio, era un fin en los designios de Dios: tratábase del interes más elevado de la humanidad, de la libertad de pensar. Aquí los papeles se cambian; la Providencia se sirve de la miserable ambicion de los príncipes para conquistar la libertad religiosa. Francisco I, á pesar de su mala voluntad hácia los reformados, llega á ser el protector del protestantismo alemán; sus incesantes luchas con Carlos V obligan al emperador á contemporizar con los protestantes, y le impiden ahogar en su cuna la revolucion religiosa. En definitiva, ninguno de los dos rivales, Francisco I ni Carlos V, alcanzó el objeto de su ambicion; hicieron lo que seguramente no querian hacer, pero sí lo que Dios queria; salvaron la Reforma.

Hé aquí una prueba bien evidente de la accion de la Providencia sobre los destinos del género humano. ¿Se quiere una prueba más notable todavía y más singular? No habia, ciertamente, nada de comun entre los protestantes y los Turcos; los reformadores profesaban un santo horror hácia los infieles; su antipatía era tal, que los arrastró á una guerra impolítica contra Francisco I, su único apoyo. Pero por más que los hombres huyan unos de otros y se detesten, Dios los une, á despecho de sus pasiones; hé aquí cómo los infieles fueron los defensores de la Reforma. No es esta una vana teoría imaginada *à posteriori*; los testimonios de los contemporáneos confirman las lecciones de la filosofía de la historia. Hemos dicho en otra parte (1) que el incesante temor á los Turcos obligó á Carlos V á hacer á los protestantes las concesiones que tanto se le han censurado y que consolidaron la reforma. Carlos V fué realmente impotente para reducir á los protestantes, mientras tuvo necesidad de su auxilio para combatir á los Turcos. En cuanto consiguió una tregua se lanzó sobre los confederados de Esmalcada, y su fácil victoria parecia anunciar el fin de la Reforma. Entónces fué cuando Mauricio de Sajonia abrazó el partido del protestantismo, apoyándose en la Francia. En esta ocasion, Soliman dirigió una carta á los príncipes protestantes, por la cual se declaraba su amigo, como aliado de

(1) Véase el tomo IX de mis *Estudios*.

Enrique II, y los excitaba á libertarse de la tiranía y de la falsedad de Carlos de España: «Seguirá siendo su amigo, dice, mientras sean aliados de su aliado, y espera que aquella alianza durará siempre» (1). La coalicion de los protestantes y de Enrique II, apoyada por el terrible Soliman, obligó al emperador á ceder. Fernando trató con los protestantes en Augsburgo. Carlos V, que veia desvanecerse los sueños de toda su vida, retrocedió ante esta concesion suprema; Fernando firmó sin el consentimiento del emperador; escribió á su hermano que lo habia hecho por temor al turco (2).

Hé aquí lo que Dios queria, y lo que querian los hombres.

(1) CHARRIÈRE, *Negociaciones*, t. II, p. 219, nota, inserta la carta.
 (2) LANZ, *Correspondenz Kaisers Karl V*, t. III, p. 666-675.